

La serpiente que se mordió la cola

Por: Francisco Rodríguez

La escalada de conflicto, tensiones y amenazas presentes en el sistema internacional se ponen de manifiesto con la guerra en Ucrania atizada por Estados Unidos y la OTAN; las fricciones en el Mar de la China Meridional que envuelve la injerencia en el asunto de Taiwán; la reciente tensión en Kósovo; la aplicación concertada de medidas coercitivas unilaterales por parte de Estados Unidos, la Unión Europea y otros aliados a un conjunto de países, entre ellos Rusia, Irán, Corea y Venezuela tratados de Estados Paria, Terroristas, cuando no Fallidos; la Guerra Económica desatada al margen de la OMC que ha sido puesta entre la espada y la pared; la competencia por el control del Ártico; la confrontación entre las propuestas de la Ruta de la Seda (2013) y Volver a Construir Un Mundo Mejor (2021); las tensiones en el sistema financiero que ve acercarse el fin de la hegemonía del dólar; y el proyecto Artemisa (2017) que ha reactivado la competencia por el dominio del espacio, la explotación de los recursos allí existentes y hasta la colonización interplanetaria para beneficio de unos pocos.

Ese listado largo e inacabado de conflictos con aristas económicas, políticas y militares corresponde a la lógica de la confrontación en un mundo global que apresuradamente se desglobaliza, evocando la imagen de la serpiente que devora su cola. En un acto de canibalismo, el sistema capitalista habiéndose expandido a escala planetaria y preparándose para continuarla en el espacio ultraterrestre, arremete contra sí mismo, profundizando su crisis y agudizando las contradicciones, al violentar y desconocer reglas fundamentales que servían al poder unipolar que pateando la mesa, amenaza hacer saltar las piezas con todo y el tablero de ajedrez, por los aires.

Los nudos de la globalización

Los supuestos que alimentaron la visión optimista y benéfica de la globalización cuyo término se atribuye al economista T. Levitt (1985), quien describió los nuevos procesos de transnacionalización del capital, encadenamientos y las operaciones de las grandes corporaciones en los mercados internacionales; plantean que la interdependencia creciente, la seguridad jurídica para inversiones y capitales, la liberalización del mercado, la libre competencia y prácticas transparentes de *compliance*, los encadenamientos productivos llevados a delante por las grandes transnacionales traspasando las fronteras de los países con las menos barreras posibles, el impulso a la cultura de *Aldea Global* con la expansión de las comunicaciones, la integración de las corrientes financieras con el dólar como

principal moneda de intercambio, la adopción común de paradigmas del conocimiento científico-técnico, la promoción de prácticas y formas políticas e institucionales similares acordes a la democracia liberal; todo en conjunto, tendría al final del camino efectos positivos para todos. Se daba por supuesto que, el crecimiento económico del centro desarrollado se desparramaría como maná caído del cielo a los países en vías de desarrollo, que también recibirían lo propio en la periferia.

Compartían ese postulado las principales economías de los países desarrollados occidentales agrupados en el G-7, cuyos gobiernos celebraron cumbres y conferencias periódicas. Desde allí con apoyo de prestigiosos centros académicos, instituciones con forma de *tanques pensantes* y escenarios como el Foro Económico Mundial de Davos (1971) se pregonaba con euforia el inexorable camino de la globalización con visión neoliberal validada para el resto del mundo. París era una Fiesta podríamos decir evocando el título de una novela de E. Hemingway o Un Mundo Feliz como titulara su conocida obra el escritor A. Huxley. En pocas palabras, la imagen de la civilización occidental se erguía única y sin aparentes fisuras sobre tres pilares comunes como pregonara inicialmente F. Fukuyama en su artículo y luego libro, titulado el Último Hombre y el Fin de la Historia, un mundo global fundado en el libre mercado, la democracia política y los Derechos Humanos.

A esto contribuyó en forma decisiva la caída del Muro de Berlín que marcó un punto de inflexión pues representó para los gobiernos de los países desarrollados, el gran capital financiero y las empresas transnacionales la expectativa prometedora de nuevos mercados y consumidores, el acceso a fuentes de materias primas y el control de áreas de interés estratégico en Europa del Este, África y Asia antes vedadas por el Conflicto Este-Oeste y la influencia en ellas de la URSS que constituía un obstáculo.

También las organizaciones internacionales -como expresión de la ficción de comunidad internacional- encajaron en la lógica de la globalización por la vía de la vocación universal de los fines para los que se constituyeron la ONU, el FMI, el Banco Mundial, la OIT o la OMC y la identificación de una agenda común de problemas internacionales que en medio de la creciente interdependencia podían llegar a constituir amenazas a la paz y seguridad internacional, por lo que se requería del esfuerzo conjunto de la cooperación para la solución de asuntos como el cambio climático y hacer frente común ante el recalentamiento global, la deuda y los problemas del desarrollo, la movilidad humana empujada por la migración laboral, los refugiados y desplazados, las fuentes y suministro de energía, la protección y ejercicio de los derechos humanos y las libertades

fundamentales en el mundo o la protección de las inversiones y el fomento del comercio mundial de bienes y servicios entre otros asuntos.

En particular un tema transversal en las agendas de las organizaciones internacionales que aparecía una y otra vez, eran el desarrollo y los problemas asociados con él, a saber: pobreza, alimentación, analfabetismo, salud, seguridad social, vivienda, ocupación laboral, obstáculos al comercio entre otros. En conjunto el enunciado se ha formulado como el derecho al desarrollo, la gran tarea del sistema global, aunque el informe final de Naciones Unidas que hacía como balance de cierre en cada Decenio del Desarrollo terminaba reconociendo que la brecha entre países ricos y pobres se ensanchaba cada vez más y que la cooperación no fluía como debería de parte de la comunidad internacional, por lo que el mundo global avanzaba en medio de notorias y crecientes desigualdades.

El frenazo y atascos de la globalización

La corriente crítica de pensamiento haciendo observación de esas desigualdades crecientes entre centro y periferia formuló tesis alternas como la mundialización de I. Wallerstein, la internacionalización de S. Amin o el neo-imperialismo de A. Borón. Entretanto el FMI sostiene que la globalización, supuestamente al impulsar el crecimiento económico permitiría reducir la pobreza y en un acto de malabarismo doctrinal que lo alejaba del Consenso de Washington, al lado de su alter ego el Banco Mundial incorporaron en sus análisis de factibilidad para acceder a préstamos o bien disponer de los recursos financieros propios, el impacto en el desarrollo.

El Instituto Económico Suizo KOF ha elaborado un índice multidimensional de la globalización concluyendo que, dicho indicador creció rápidamente entre 1990 y 2007; pero a partir de 2015 ha sido lento. En la ralentización del sistema global intervienen varios factores. Comencemos apuntando las políticas de identidad y nacionalismo que impulsaron el Brexit; pero asimismo el ultranacionalismo y las corrientes del neonazismo que han aflorado. También las tensiones internas en la Unión Europea por los costos de la integración y ritmos desiguales de desarrollo entre países como Grecia, Portugal, España por un lado y Alemania, Francia e Italia del otro. Asimismo, la recesión del 2008 que sacudió como no se recordaba desde la Gran Depresión de 1930 al sistema económico mundial y luego en el 2013 poniendo en evidencia las crisis cíclicas del capitalismo. Otro factor fue la Guerra Comercial que iniciara el presidente estadounidense D. Trump bajo la premisa América Primero (2017) y ha continuado el presidente J. Biden para sacar de juego a los competidores chino y ruso. Poco después estalló la guerra de los precios del petróleo entre Rusia y Arabia Saudita (2020) que trajo sobre el tapete la crisis por suministro energético en el mercado global; y apenas saliendo de esa

tensión, la declaración de la OMS de la pandemia por Covid 19 que puso de relieve las desigualdades entre los integrantes de la comunidad internacional y la feroz competencia entre las transnacionales farmacéuticas por las vacunas, en medio del pánico mundial. El embate final provino de los conflictos de laboratorio precedidos por un despliegue ofensivo de guerra híbrida en torno a la construcción del gasoducto Nord Stream 2 para cortar los lazos de suministro energético entre Europa y Rusia como proveedor y finalmente la guerra en Ucrania y su impacto en las cadenas de suministro y el comercio mundial.

La ralentización del sistema económico y financiero internacional dio claras señales de una tendencia que finalmente afloró como desglobalización, término por lo demás atribuido al pensador de la corriente crítica W Bello, quien publicara premonitoriamente la obra *Desglobalización, ideas para una nueva economía mundial* (2002).

La clave de la confrontación y las acciones para impulsar la desglobalización aparecieron como resultado de la competencia y confrontación por la configuración geoestratégica del orden mundial entre los dos grandes proyectos antes mencionados: el Cinturón y Rutas mejor conocido como la Ruta de la Seda propuesto por China (2013) contando con la alianza de Rusia y el beneplácito de los países BRICS e implicando el desplazamiento del centro de gravitación geoestratégica del Atlántico al Pacífico; y en la acera del frente, Volver a Construir un Mundo Mejor propuesto a su vez por Estados Unidos en alianza con el G-7 para reafirmar la Alianza Atlántica y el eje geoestratégico del mismo nombre. También juega en este mapa dibujado la conformación de nuevos espacios de integración Sur-Sur con la ASEAN en el sudeste asiático, en Asia del Sur, África del Sur y el ALBA-TCP y CELAC en América Latina y el Caribe que impulsan una visión multipolar del orden internacional. No en balde el mapa de conflictos e inestabilidad internacional guarda correspondencia con los territorios por donde pasan las vías de comunicación terrestre, marítima y aérea que forman la capilaridad de la Ruta de la Seda y debían establecerse a lo largo del sudeste asiático, el cercano oriente, el este de Europa, la ruta de comercio ártica y oceánica hasta Latinoamérica y el Caribe. A esto debemos sumar las tensiones en el sistema financiero internacional al plantearse el fin de la hegemonía del dólar y el fortalecimiento de otras monedas como el renminbi y el rublo, las cuales apuestan a una nueva arquitectura y reglas en el sistema financiero internacional, incluyendo la paridad monetaria en el oro.

Los datos de desempeño de la economía mundial son negativos en niveles alarmantes y proyectan una recesión a voces no declarada; que se ahonda, utilizando una metáfora propia de la teoría de juegos, en un mundo de egoístas y

no colaboradores. Cuestión de fondo que la globalización de signo liberal no ha podido resolver.

La OMC en un estudio reciente proyecta que el PIB mundial crecerá un discreto 2,8% en 2022 y decrecerá a 2,3% en 2023. El FMI por su parte, estimaba para 2020 la deuda externa mundial en 226 billones de dólares que representa el 256% del PIB mundial; en tanto el Instituto de Finanzas Internacionales proyectó la deuda global en 305 billones para el primer trimestre de 2022. La inflación mundial por su parte, para este año alcanzará el 8,8%, decrecerá a 6,5% en 2023 y 4,1% en 2024. En términos de crecimiento, los datos del Banco Mundial y la UNCTAD son desalentadores, de 2,9% en 2022 se proyecta crezca un pírrico 3% y se mantenga para el 2024, por debajo de la inflación estimada. La OIT estimó la caída de los salarios reales en los países del G-20 en un -2,2% en el primer trimestre del 2022, lo que representa el 60% de los trabajadores del mundo afectando su poder adquisitivo. Un informe del BM señala que la meta de reducir a menos del 3% la pobreza mundial para 2030 es hoy inalcanzable y se proyecta que en 2022 entre 75 y 90 millones de personas engrosarán las filas de pobreza extrema en el mundo.

Se habla de un aterrizaje brusco para los países en desarrollo que ya han visto los efectos. Se estima que para cubrir el servicio de la deuda, los países en vías de desarrollo requerirán 310 billones de dólares. Esto se traduce en el financiamiento de los últimos a los países desarrollados. El comercio mundial de mercancías y servicios según los últimos informes de la OMC crecerá en 3,5% en 2022 y luego caerá a 1%.

La encrucijada

El sistema global enfrenta hoy un escenario que avanza a la pérdida de interacción entre las economías del mundo, la creciente adopción de políticas nacionalistas y proteccionistas, la búsqueda de autosuficiencia en los procesos estratégicos y encadenamientos logísticos, la relocalización de inversiones en el extranjero y el redireccionamiento de flujos financieros e inversiones intraregionales, la revaluación de las cadenas de suministro posicionando a Vietnam y Bangladesh, el reforzamiento de las alianzas entre Estados Unidos, Canadá y la Unión Europea con exclusión de China, Rusia, Irán y Corea caracterizadas como los adversarios, el surgimiento de doctrinas antiglobalistas y de zonas de fricción entre países competidores incrementando el mapa de conflictos y tensión mundiales. No en balde, el fantasma nuclear ha aparecido de nuevo en la narrativa de la política internacional.

La desglobalización en marcha encierra una encrucijada que puede entrañar una trampa y una oportunidad. La patear la mesa bien puede ser la forma de suplantar el sistema internacional global conocido por una arquitectura más centralizada y regulada por un centro unipolar que fortalecería el poder hegemónico sobre el tradicional eje Atlántico. En pocas palabras el espíritu de Bretton Woods remozado. Por el contrario es también la oportunidad como apunta W Bello de un orden económico mundial que empodere al Sur, en un orden económico mundial de nuevo cuño, multipolar, fundado en valores de justicia, equidad y solidaridad social a los que se subordine la lógica del mercado. Encierra la visión de un sistema descentralizado de poder institucional que quiebre con el espíritu de Bretton Woods y reduzca su poder. En palabras del autor mencionado, “Déjennos poner fin a este proyecto globalista arrogante de convertir al mundo en una unidad sintética de átomos individuales sin cultura o comunidad. Déjennos anunciar en cambio, un internacionalismo que está basado en respetar e incrementar la diversidad de las comunidades humanas y al diversidad de la vida”...

Así podrá avanzar el Sur de los países en desarrollo y los emergentes en asegurar el superar la pobreza y hacer efectivo el ejercicio del Derecho al Desarrollo de los Pueblos transversal a otros derechos humanos y libertades fundamentales económicas, sociales y culturales como la salud, educación, trabajo, seguridad social y democracia que constituyen la condición de dignidad humana